

19/09/2009

Xabier Erkizia "Es difícil otorgar valor a algo que no podemos ver"

¿Qué tal ha ido la exposición?

La exposición partía de un punto un tanto experimental. Se desmarcaba mucho de las otras muestras que habían tenido lugar en Tabakalera, con un gran carácter visual. Esta lo seguía teniendo pero planteaba otro tipo de relación con el visitante. Creo que la gente sigue teniendo una idea bastante museística cuando piensa en este edificio pero Tabakalera suena quería tener otro tipo de relación con la gente, no otorgar todo el valor al objeto sino a eso que no se puede tocar, eso que llaman interactividad. Algunas instalaciones se han tenido que rehacer o cambiar por el desgaste, algo que hemos hecho gustosamente porque qué mejor que una obra se gaste por el uso.

Pero eso implica que el público esté predisposto a la participación y a lo mejor sólo se atrae a un tipo determinado de visitante, ¿no?

Yo diría que al revés. Cuando ves una exposición de cuadros o esculturas se supone que no sabes nada o que sabes poco y ahí se genera una jerarquía de poder: tú eres el consumidor y tienes que saber lo mínimo. En este caso lo que ocurre es que no hay nada más que saber, lo importante no es lo que sepas sino la capacidad que tú tengas de reaccionar con algo. Siempre he pensado que el arte tiene que tener la capacidad de sacar ciertas cosas que ocurren en la realidad, interpretarlas y subrayar algunas. No es una cuestión de saber, se trata de saber hasta qué punto estás dispuesto a aprender. No tienes que venir sabiendo algo, es imposible descodificar alguna de estas obras y muchas veces se corre el peligro de ser pasivo porque como no se entiende ni se intenta. Esta exposición ha buscado todo lo contrario.

¿Siente que tiene que justificarse o explicarse más para organizar una exposición de este tipo?

Depende. Es una cuestión de conocimiento. Si haces una exposición de Van Gogh todo el mundo sabe quién es y hay muchas cosas que se dan por hechas por el conocimiento que hemos recibido y no llegamos a cuestionar nada. No es fácil otorgar valor a lo que no podemos ver. Me llama la atención que una de las obras menos interactivas la de Edwin Van der Heide, la de las luces láser, es la que más gusta, la más visual. Esto tiene que ver con cómo utilizamos los sentidos, con cómo hemos sido educados para utilizarlos. Algunos están siendo relegados a un segundo o tercer

puesto y damos más importancia a otros. Nuestros sentidos están expuestos a un gran nivel de agresividad, de señales que nos dice cómo tenemos que comportarnos, por dónde tenemos que ir. Y el arte debería servir para dar qué pensar sobre eso. Y tal vez quizás alguien haya reflexionado sobre por qué le ha dado tanto valor a una luz láser y menos a unas gotas de agua.

Es que la exposición tiene un elemento tremadamente visual

Hasta que no vemos o tocamos el sonido de una manera objetual nos cuesta mucho darle valor. El sonido en el arte siempre ha tenido visualidad. En castellano a esto se le llama arte sonoro pero ésta es una etiqueta que viene del término sound art de Estados Unidos y la traducción es muy tránsita porque se refiere al arte que utiliza sonido y arte sonoro es arte que suena.

¿Significa eso que no es una lucha entre la imagen y el sonido?

Si, porque ya una exposición implica una visualidad. Sin remedio. Estar en un espacio significa verlo. Una de las cosas más bonitas del sonido es que es más fácil imaginar cómo es un lugar oyéndolo que no cómo suena viéndolo. Cada vez estamos más desentrenados en conocer los lugares por los sonidos.

Sin embargo, estamos más desentrenados pero muy expuestos a los sonidos

Pero es que no por haber más aprendemos más. La masa de ruido que sufrimos constantemente es lo que hace que seamos más insensibles. Pero por otra parte también es un reto. Ser artista sonoro en la actualidad tiene cierto punto romántico porque intentas generar una resistencia a una masa uniforme. Entiendo que para la mayoría de la gente no es un problema prioritario aunque en los últimos años hay más conciencia social sobre qué es lo que ocurre con el ruido.

¿Y qué papel juegan los artistas sonoros como valedores de esa postura romántica?

Todavía hoy es muy difícil mostrar sonidos en espacios que están diseñados para mostrar objetos. Es una situación compleja que debería superarse próximamente aunque sí que es verdad que cada vez más se generan este tipo de obras. No sé porque si el mercado necesita regenerarse o necesitamos otro tipo de experiencias, de cosas que nos hagan reaccionar.

¿Qué se cuece en el mundo del arte sonoro?

Cada vez es más difícil delimitar dónde empieza la música experimental y el arte sonoro, se ponen millones de etiquetas para acotar de qué se habla pero a la hora de crear esos límites son muy difusos. Para muchos eso es molesto y en mi caso es muy enriquecedor. No hay una dirección concreta en este mundo. Intentar definirlo todo supondría restarle la magia al sonido,

la que tiene para activar ciertas cosas en nuestras cabezas. Es un mundo muy excitante porque están ocurriendo muchas cosas aunque las tendencias no estén claras. Y lo que me gusta es que genera muchas preguntas que son difíciles de responder pero también abre un campo de investigación enorme e interesante.

¿Qué papel juega la música en este ámbito?

Para mí un concierto puede ser arte sonoro. Muchos teóricos, en cambio, prefieren hacer una diferenciación clara entre una cosa y la otra, pero para mí no tienen mucho sentido. La música se encuentra en cualquier lugar, depende de tus oídos. Es una cuestión muy subjetiva que tiene que ver con esa forma de direccionar la atención, con el valor que damos a los objetos y no objetos. Y esto no debería ir en contra del arte sonoro sino a favor porque abre un mundo de posibilidades. Por eso, me gusta pensar que somos nosotros los que decidimos qué es música y qué no.